

José Santos González Vera

# Coleccionista de injurias y dudas

*Antípodas de José Santos González Vera (1897-1970) —ganador del Premio Nacional de Literatura en 1950— fueron los hombres que aspiran a dejar, de cualquier modo, fama y renombre al salir de este mundo. El trabajó, casi desde niño, en lo que pudo: aprendiz de pintor, mozo de sastrería y de una casa de remates; obrero en una fundición, peluquero aficionado, lustrador en un club; secretario de una sociedad de carniceros, comisionista, cajero de almacén, vendedor ambulante de zapatos y de libros; cobrador de tranvías, corresponsal de periódicos; bibliotecario, dependiente de peletería, ayudante de corrector de pruebas. Bajo la influencia de Máximo Gorki, el amargo, tomó*



que "nunca se halla junto a las espadas y a los fusiles", repugnándole sobremanera el lector de editoriales, el que "sabe frases" o se dedica a componerlas para regocijo propio y tristeza ajena.

Admitió que la pobreza lo convirtió en "un ser espiritual" y no renegó de considerarse "un coleccionista de dudas". No solía alterarse sino en cuanto veía en un país erigirse en estatua viviente a un mandón o dictador. En ese caso se preguntaba: "¿Sería inhumano decir, en una punta de la Constitución, que se concede acción pública contra quien se erija en tirano?"

Porque, mirando en Argentina la "revolución" de Uriburu, supo que hicieron "mil cambios inútiles, ascendieron todos los militares y rebajaron el carácter del pueblo". Aún más, puso oídos atentos y logró entender una sola cosa básica: "El ejército existe para defender la patria. Lo educan con dinero del pueblo, lo pagan con este mismo dinero. Se habla de que es una fuerza obediente. Ponen en sus manos las armas necesarias. ¿Y qué sucede? Se

alza contra el gobierno, oprime a los civiles, también los mata y cuando al fin es obligado a volver a sus cuarteles, ¿cuántos de éstos van a la cárcel o son ahorcados? Ninguno".

Con respecto a la religión, no hablaba mucho por un exceso de pudor, pero, siguiendo unas ideas de Pío Baroja, explicó en su libro *Alhué* (1928) que ése era casi un pueblo ideal, con "pocas moscas, un solo fraile y ningún carabineiro". Estaba seguro de que no era fácil tener visiones, aunque el éxtasis se hallara "sólo al alcance de los ricos", dado que el trabajador, "por la índole periosa de su tarea", la cual lo deja exangüe, "no tendría jamás acceso al éxtasis". Otros, casi siempre enfermos del estómago, "adoptan el régimen vegetariano, lo que no ofende a Dios, pero el sabor de las verduras y tubérculos los sume en la teosofía y mueren como aspirantes al nirvana".

## "QUÉ BRUTOS, QUE DANINOS"

Su gran preocupación consistía en admitir la existencia concreta del

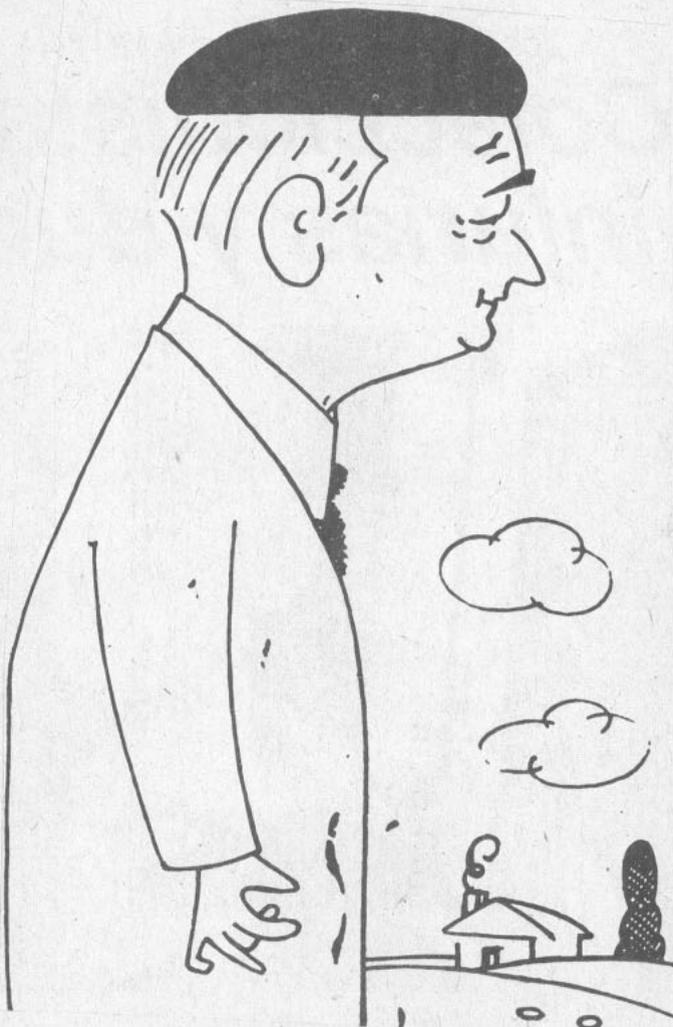
Un amigo de juventud de González Vera, Sergio Atria, dijo que aquél fue uno de esos iluminados "que poseían el secreto de la redención social". Y el propio escritor se audofinía espaciadamente sin quejarse, diciendo que siempre trató de divulgar "el comunismo anárquico, cuyo asiento en la tierra creía factible en no más de un lustro", reconociendo que "hubo períodos en los que comía poco", sin ser "un hambriento". Salió del liceo alegre y corriendo, casi sin estudios, a respirar el aire libre que le encantó siempre, comenzando a desdeñar la autoridad y el poder, mientras se nutría con los libros de Zola y Gorki, de Kropotkin y de los geógrafos anarquistas que fueron los hermanos Reclus, de Stirner y de Bakunin.

¿Sus pasiones predilectas? El té, las pastillas de menta y la libertad, esa

hombre, al que verdaderamente amaba sin restricciones. "En Chile —escribió en una oportunidad— vale un queso, vale un metro de tela, vale una gallina, pero un hombre no vale nada". Le molestaban los oradores políticos vacuos, aquellos que nunca decían lo que era urgente. Si bien no fue un buen peluquero, recibió de su maestro anarquista una lección muy viva. Le dijo éste, al no verlo progresar: "Nosotros somos barberos y peluqueros..., ¿entiende usted? Pero no sangradores. Eso no. ¡Eso lo hacen los médicos! Además, por mucho que usted corte a la gente, no conseguirá gran cosa. Nuestros clientes son personas mal alimentadas, su sangre es poca y ésa la necesitan para ir viviendo".

En su hermoso libro capital, *Cuando era muchacho* (1951), pasó lista, de memoria, a su pasado, a sus ideas, a la gente que había conocido, a todo lo que había visto, y puso en orden un sector de acontecimientos y de personajes de la vida criolla. Vio, por ejemplo, el asalto a la Federación de Estudiantes de Chile, en 1920, y si bien describió los acontecimientos en sí, pudo obtener una conclusión. Quienes habían cometido la tropelía "eran jóvenes empatriotizados, de buen aspecto, con magníficos trajes, de seguro respetuosos con sus padres, adoradores de Cristo; unos, indudablemente píos; otros, soldados del Señor, de buena educación, de modales exquisitos ante personas bien vestidas, productos finos de la civilización, individualmente apreciables, pero reunidos, como multitud, qué brutos, qué dañinos eran. La chusma suele saquear y se come lo que roba. Bajo el traje bien cortado, qué ansia secreta e inconsciente de volver a la selva suele revelarse".

En un momento en el cual era más difícil ser sensato, porque la democracia daba oportunidad de decirlo todo, expuso de modo claro lo que había significado el primer gobierno de Arturo Alessandri: "Fue un gran reformador, sin más paralelo que Balnaceda, pero superó a éste en que supo y sabía, en cada momento, cuál era el punto de acuerdo entre los intereses contrarios, y esta sabiduría le permitió,



El escritor visto por Romera.

con un mínimo de oponentes, crear la nueva Constitución, separar la iglesia del estado y forjar el ambiente para que se aceptasen las leyes sociales, con lo cual evitó la revolución, salvó la vida y fortuna de la clase alta, abrió camino al proletariado para conquistar lo suyo y fortaleció hasta límites increíbles a la naciente clase media, fuerza de equilibrio".

### ALFILERAZOS EN LAS SOLAPAS

En otros libros suyos, como *Vidas mínimas* (1923), *Eutrapelia* (1954), *Algunos* (1959) y *La copia y otros originales* (1961), mantuvo uno de sus principios básicos: ser preciso, económico de palabras, ajustándose a "lo que sentía". Además, quiso "ser consecuente" con sus ideas humanitarias "y ofrecer al posible lector escritos breves". Creía que, muy a la larga, se adquiere "el heroísmo de eliminar cuanto sea impertinente". Ello provocó re-

acciones inmoderadas en cuanto se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, en 1950, pues se dijo que sus obras completas cabían en un cuaderno de caligrafías, que era sólo un fotógrafo de plaza de provincias, que carecía "de ñeque", que era un escritor chaplinesco. Y, según recuerda él, "hubo quien dijera que si va al bosque, en vez de elegir materiales para un gran edificio, recoge lo necesario para una caja de fósforos".

González Vera coleccionaba las injurias y los alfilerazos y los ordenaba en las solapas de los libros que iba publicando. Era ése un jardín refinado y casi monstruoso, la flor y nata de la hostilidad entregada a granel. En el adjetivo, hay que recordarlo, Borges lo aventajaba apenas por una cabeza. Asistía a las conferencias y lo hacía porque ninguna dura "toda la santa noche". En una ocasión, cuando quisimos entrevistarle, dijo: "Escriba todo lo que le parezca y tenga la certeza de que no lo voy a desmentir". Agregó que él era anarquista, un hombre que miraba con sospechas muy fundadas el orden social y, por tanto, no podía darse el lujo de dejar pistas en manos de la policía

bienpensante. Aconsejaba a los escritores jóvenes alardear poco y no afanarse mucho, porque, al fin y al cabo, al término de una vida, "¿a qué lugar se habrá de llegar?".

Describió en un texto irónico, *Orgen y fin de mi fortuna*, cómo invirtió en la Bolsa los 100 mil pesos del Premio Nacional de Literatura hasta que éstos se esfumaron con el corredor que, en verdad, corrió. Para consolarlo, otra víctima le explicó cómo habían cambiado los tiempos. Antes —dijosele— "un corredor, a la vez que compraba la acción de la Bolsa, adquiría un revólver fino, de esos que no fallan". En cambio, ahora, "el quebrado huye y, por ignorar la duración de su existencia, se lleva bastante dinero".

Cuando González Vera murió, en un verano, hizo muy poco ruido y pidió que sus cenizas se esparcieran en el jardín de su casa, próxima a la plaza Egaña. Ahí está, siempre sonriendo. •

Alfonso Calderón